

JOSE MARIA LOPEZ, COLECCIONISTA DE BIBLIAS

Por

DOMINGO BUONOCORE

1. *El hombre*

En el populoso barrio industrial de Barracas, en la ciudad de Buenos Aires, existió durante más de cuarenta años, a partir de la segunda década del siglo, una colección de libros religiosos que se albergaba en el primer piso de un departamento, de apariencia modesta, situado en la avenida Montes de Oca 259.

El conjunto fue realmente único en su género, tanto por la calidad como por la rareza de los volúmenes que lo integraron y merece, por ello, señalarse a la consideración de los bibliófilos.

Habíase formado lenta y amorosamente, pieza por pieza, gracias a la diligencia ejemplar y al cuidado asiduo del morador, don José María López, de origen español —más precisamente gallego— nacido en Santo Tomé de Cervantes, provincia de Lugo, el 22 de marzo de 1890. Después de una juventud trabajosa y azarosa en su tierra natal, arribó en el año 1910 al Río de la Plata en busca de nuevos horizontes para su atribulada existencia, afincándose definitivamente en la capital argentina, sin tornar nunca más al viejo pago lucense.

Hombre de pocas letras y de pocos medios, aquí debió afrontar la vida y decidir su destino. Autodidacta disciplinado, en corto tiempo logró hacerse dueño de una discreta cultura, obra de la voluntad tenaz y de la fe en Dios. La acendrada vocación por la vida contemplativa, la firmeza inquebrantable de sus principios, la severa austeridad de la conducta y la esperanza siempre renovada en un mundo mejor, fueron las virtudes que templaron su carácter y guiaron su acción en la lucha por la existencia. Sí, en estas virtudes, fincaba el secreto de la fuerza dominadora que le permitió realizar a José María López la más hermosa aventura lírica de un bibliófilo creyente: su acopio de libros sacros para entregarse al culto de la lectura como ejercicio de purificación espiritual.

Eligió a la cruz —símbolo universal de la misericordia divina— como motivo inspirador de su ex-libris y fue fiel a su lema inscripto en lengua gallega: “Na cruz esta a miña fe”, En la cruz está mi fe.

Esa fe le sirvió de energético acicate para edificar su espíritu y convertirse en un hombre versadísimo en la ciencia bibliística, rama de la bibliografía que estudia críticamente los textos sagrados, con el fin de desentrañar la autenticidad, el valor y el sentido de los mismos. Gracias a este esfuerzo perseverante logró impregnar su alma de las enseñanzas de la literatura evangélica y conquistar para su causa muchos corazones de amigos, estudiantes y hermanos en la fe. Sin cátedra alguna, ejerció de esta manera una suerte de docencia, tácita y callada, a través de la conversación erudita, del diálogo sencillo y cordial, de la referencia ilustrativa exacta y oportuna.

Persona afable y bondadosa, se brindó generosamente a cuantos acudieron a él en demanda de una información o una consulta. Pulcro en el decir y en el vestir, suave y delicado en sus maneras, fue un modelo de cortesía y atención personal. Puntilloso en cuestiones atinentes a la honra y dignidad, transitó siempre por la recta vía, aunque los caminos fueran, a

veces, difíciles. Nunca perdió la estrella que iluminara su frente de cristiano devoto y cabal. Logró, así, sustraerse a la maldad ajena y hallar sosiego y alivio en la palabra escrita de Dios.

Necesariamente, su empresa de coleccionista tendría que resultar ardua y riesgosa, no obstante la seducción y el encanto que conlleva el sólo intento de acometerla. Conspiraban para su éxito, entre otros factores, el alto costo de la mercancía y su extremada escasez en la plaza comercial. A lo cual debe agregarse —y no es poco— los menguados recursos de que disponía el empeñoso colector. No debemos olvidar que don José María López fue constantemente, a lo largo de su dilatada existencia, un menestral humilde que, a cuenta de sacrificios y privaciones, hizo de la nada el prodigio de multiplicar sus libros —panes del espíritu— al igual que el milagro divino multiplicó los otros famosos panes bíblicos.

En este aspecto, conviene tener presente que don José María, a los fines de subvenir a sus necesidades de la vida, se desempeñó durante 32 años, entre 1915 y 1947, en la Compañía Argentina de Electricidad —Balcarce 186 de la Capital— teniendo a su cargo tareas de mero servicio, sin haber alcanzado nunca un puesto en el escalafón administrativo. Circunstancia, desde luego, que enaltece aún más su hazaña singular y lo hace digno de mérito.

Al margen de sus prosaicas ocupaciones, halló tiempo para calmar la sed de su irrefrenable vocación y consagrarse a disquisiciones sobre historia religiosa y teología. Pretendía, con ello, compensar la carencia de una adecuada formación sistemática y habilitarse, al mismo tiempo, para interpretar el proceso del cristianismo y las vicisitudes de la Reforma en España. En verdad, satisfizo este anhelo largamente soñado y pudo, al fin, decir con legítimo orgullo: ¡He triunfado en la vida!, ya que la gloria del estudioso es estudiar, sin menoscabo de alcanzar la otra gloria, más sublime, de la vista y posesión del Supremo Ser en el cielo.

2. *El bibliófilo*

Los libros tienen, a veces, un poder mágico y sobrenatural. Ellos son el camino que nos lleva a la verdad y la verdad, como dice el Evangelio, nos hace libres. ¡*Liber liberati* reza sabiamente el viejo apotegma. En efecto, conviene recordarlo, existe identidad de sentido en las palabras libro y libertad, del mismo origen semántico. El libro —alimento del alma— emancipa al hombre de la ignorancia y del despotismo, del mismo modo que la libertad lo hace digno de vivir la vida que le dio el Señor.

¿Cómo nació esta pasión bibliofílica en José María López? Al igual que todas las vocaciones profundas, ésta le vino a nuestro hombre desde la infancia. Fue algo así como un hado inseparable de su ser específico, ser sensible a los valores religiosos, primordiales para él en la formación humana. Cuando contaba apenas nueve años de edad, recuerda que, cierto día, quedó fuertemente impresionado por la lectura de algunos pasajes de una vieja Biblia que encontró en su hogar gallego. Poco más tarde, reviviría la misma emoción al conjuro de los cánticos sagrados que entonaba, por las calles del pueblo natal, un antiguo soldado español, ciego ya, cuyo fervoroso acento místico encendió su amor por el mensaje divino. Tiempo después, ya radicado en Buenos Aires, fue presa natural de la angustia y la nostalgia. Se había desatado por entonces la primera tragedia bélica europea y estaba sin pan y sin trabajo. Sin saber cómo, una tarde se acercó a un grupo de predicadores que se había congregado en la plaza Constitución y oyó, conmovido, las palabras salvadoras de los hermanos del Nuevo Mundo. La fe había hecho crisis y se operó al instante su conversión definitiva. Se sintió iluminado con la esperanza de un destino más feliz en la tierra. Compró una Biblia y un himnario, desde entonces, sus libros de cabecera. Oró, sufrió y halló el amparo que le procuraría el sustento de cada jornada. Al propio tiempo, nació

en él un interés apasionado por conocer la gran peripecia de los reformistas de España en el siglo XVI. Quería saber sus doctrinas, sus luchas y persecuciones a fin de reconstruir en las fuentes históricas todo el proceso de ese gran drama religioso y leerlo en los documentos auténticos. Empezó a indagar la nutrida bibliografía de la materia, siguiendo los textos reimpresos de los autores clásicos. Esa tarea de conocimiento le fue facilitada enormemente, por el filólogo don Luis Usoz y Río, un acaudalado madrileño que, entre los años 1848 y 1865, publicó en 20 volúmenes la colección completa de los "heterodoxos españoles", hoy rarísima, salvando así del olvido, a costa de grandes sacrificios, obras inhallables en su versión príncipe. Ese corpus constituye, en la opinión de Menéndez Pelayo, la más extraordinaria suma de materiales para la historia del protestantismo español. Los referidos autores, adquiridos uno a uno, después de búsquedas insistentes, pasarían a formar parte de la biblioteca de don José María como una de las joyas más preciadas de la misma.

Por otra parte, no es posible hacer el relato del origen y desarrollo de esta valiosísima colección especializada, sin mencionar el nombre del doctor B. Foster Stockwell, rector durante más de 35 años de la Facultad Evangélica de Teología, quien fuera partícipe en la conquista de muchas de las preciosidades bibliográficas del amigo entrañable.

Los que piensan, con un criterio simplista, que es requisito básico de toda empresa de esta índole, la posesión de dinero abundante, se equivocan, sin duda, en presencia del caso singular de José María López, hombre sin fortuna, según antes dijimos, pero dotado de un don especialísimo para husmear y descubrir recónditos manantiales, no sospechados por otros competidores en las mismas faenas de búsqueda y atesoramiento. La exigüidad del bolsillo resultaría, así, el más poderoso estímulo para aguzar su sentido de intuición y el acierto infalible de sus compras sucesivas y metódicas. Parecería que un sino bienhechor orientara sus pasos en la difícil pesquiza

de las preseas codiciadas. A diferencia de los coleccionistas opulentos que visitan periódicamente en sus tiendas a los afa-
mados anticuarios del mundo o concurren a las tradiciona-
les subastas y ferias internacionales, nuestro hombre, sin fran-
quear jamás los límites estrictos de su propia vivienda, man-
tenía, silencioso y atento, trato epistolar permanente con los
comerciantes del ramo en el exterior y, a la vista de sus cá-
tálogos, llegados puntualmente cada semana, concertaba sus
adquisiciones.

Una sola vez —recuerda el doctor Foster Stockwell— se le
frustró la compra de un ejemplar estimadísimo, por escasa
diferencia de tiempo con respecto a otro rival interesado en
la misma pieza. Herido en su vanidad de bibliófilo sufrió, por
la pérdida, una gran desazón moral al punto —dice— que estu-
vo varios días reconcentrado y triste, sin decir palabra en su
casa. Ello aconteció en el año 1929, con motivo de un pedido
que formulara a un librero de España, al cual acompañaba un
giro bancario por 750 pesetas, para que le remitiera un ejem-
plar del *Nuevo Testamento*, primera edición de la primera
traducción hecha al español por Francisco de Enzinas e im-
presa en Amberes en 1543, obra rarísima, por cuanto la edi-
ción había sido secuestrada y destruida por orden del empe-
rador Carlos V.

En cambio, más o menos por la misma fecha, don José
María pudo resarcirse parcialmene del irreparable contraste
y obtener un ejemplar de otra joya bíblica, gracias a la me-
diación de don Juan Roldán, propietario de la librería “La
Facultad”, de Buenos Aires. Se trataba, nada menos, que de
la célebre Biblia de la casa de Alba, cuyo manuscrito termina-
do en el año 1430 permaneció inédito durante 5 siglos. Reco-
gido por la Inquisición, no se sabe cómo, allá por el año 1624
el códice pasó a la casa del duque de Olivares y de ésta a la
familia de Alba en 1688. La reproducción del original deman-
dó un esfuerzo considerable y sólo un hombre de inmensa
fortuna, como lo fue el último duque de la dinastía, pudo lle-

var a feliz término tan ardua y onerosa empresa, legando a la posteridad este monumento sacro en lengua española. La obra se compone de dos regios tomos de 845 y 992 páginas, respectivamente, con 290 viñetas en oro y en colores, 29 iniciales ricamente dibujadas y una infinidad de láminas artísticas én acero. Fue impresa en 1922, en papel de hilo, y su encuadernación es de estilo mudejar, copia fiel de la del misal mozárabe de la catedral de Toledo del siglo XV. La edición, de carácter privado, consta únicamente de 300 ejemplares y estuvo a cargo del Club de bibliófilos de Roxbourg, del cual fue miembro el duque de Alba.

3. *El tesoro de la biblioteca*

La biblioteca de José María López fue el espejo de su vida intelectual. No sólo porque ella reflejaba sus gustos de refinado bibliófilo sino, principalmente, porque constituía el testimonio más acabado de su idiosincrasia moral, de su generoso espíritu evangélico y de su idealismo militante.

Nunca la consideró como un mero ornamento para la exhibición vanidosa, ni tampoco, como un motivo para atraer la curiosidad de quienes, por esnobismo, buscan cosas exóticas o peregrinas. La que nos ocupa, por el contrario, aspiró siempre a ser una fuente viva de ilustración y consulta para los estudiosos de la historia religiosa y de la teología. El dueño, por su parte, hizo de la misma un verdadero santuario para la meditación y el recogimiento.

Pero este tesoro documental posee, además del mérito intrínseco de las piezas que lo componen, el extraordinario valor social de haber contribuido a revelar ante propios y extraños, un aspecto originalísimo y casi desconocido de la cultura de que se enorgullece Buenos Aires, aspecto tanto más significativo cuanto que él no es frecuente en otras ciudades del mundo, dada la índole especial del coleccionista.

Nuestro amigo creía en las propiedades terapéuticas de la lectura y halló en los libros —medicinas del alma— consuelo reconfortante para su larga vida de 80 años. Como apasionado bibliófilo, los conocía bien por dentro y por fuera, esto es, en su belleza estética y en su contenido educador.

La composición bibliográfica de este riquísimo repositorio no puede ser objeto, en los límites del presente artículo, de un análisis pormenorizado, pues se incurriría en el riesgo de caer en un detallismo monótono y extenso. Nos limitaremos, por lo tanto, a señalar someramente las características del conjunto y a enumerar unos pocos ejemplares representativos.

Según lo expresado antes, la biblioteca de José María López se distingue esencialmente por la calidad de sus piezas; el número no cuenta, ya que el total de aquéllas no excedió la cifra de 1500 volúmenes. En cambio, el riguroso criterio de preferencia que guió al propietario para la selección y el ordenamiento en series homogéneas de los textos dentro del ciclo histórico que abarcan, son factores que le confieren el valor de una estructura bibliográfica coherente y sabiamente organizada.

En síntesis, podríamos decir que tres vertientes principales alimentan el precioso caudal: 1º, la colección de biblias, sin duda la más notable de las existentes en el país y, posiblemente, en América Latina; 2º, las obras relacionadas con la Reforma religiosa en el siglo XVI y la historia de la Inquisición en España y, por último, las obras clásicas literarias de autores castellanos, algunas en sus ediciones originales, entre las que figuran la serie de Quijotes.

Con respecto a las biblias, consignemos que se registran las ediciones más raras, desde la Biblia latina incunable impresa en Venecia en el año 1476, por Francisco Renner, hasta las suntuosas ediciones modernas católicas, como la traducida por Felipe Scio de San Miguel estampada en Madrid durante los años 1790 - 1791, la de Félix Torres Amat tradu-

cida de la Vulgata, y las recientes aparecidas con motivo del Congreso Eucarístico de 1934.

Entre las versiones antiguas —verdaderas reliquias— mencionaremos la célebre *Biblia de Ferrara*, que sólo contiene el *Antiguo Testamento*, sin los llamados libros apócrifos, traducida por los judíos emigrados de España y radicados en Ferrara, ciudad de Italia en la que, por entonces, existía más libertad de conciencia. Es la primera obra de este carácter, publicada en nuestro idioma, que hizo la imprenta en el año 1553, pues ni la denominada *Biblia Alfonsina*, versión realizada por mandato del rey Alfonso el Sabio, en 1260, ni la *Biblia de Alba*, según sabemos, alcanzaron los honores de la tipografía, y esta última, mucho más tarde. La versión ferrarense —afirma Clemente Ricci— “fue fruto de una elaboración colectiva de varias generaciones” y es prácticamente inhallable. En el país poseyó un ejemplar Baldmar F. Dobranich, humanista y filólogo, ejemplar que heredara su hijo Horacio, siendo por último donado a la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Su costo venal es elevadísimo; para tener una idea aproximada de lo que valdría hoy basta recordar que en 1920 fue tasada en la suma de 10 mil pesos.

Otra joya de la colección de Sagradas Escrituras es la llamada *Biblia del Oso*, por tener en el centro de la portada un grabado que representa un árbol y un oso que está lamiendo la miel silvestre que se desliza por su tronco. Esta Biblia fue preparada por Casiodoro de Reina y se publicó en Basilea, Suiza, en el año 1569. Tiene el mérito de ser la primera Biblia completa —reúne el Antiguo y el Nuevo Testamento— que vio la luz en lengua española.

No menos curiosa es la segunda versión del *Nuevo Testamento* —la primera de esta parte estuvo a cargo de Francisco de Enzinas y se le escapó de las manos a López, según lo expresamos más arriba— hecha en Ginebra por Juan Pérez de Pineda y publicada en la misma ciudad en 1556. Esta Biblia fue la que Julianillo Hernández, amanuense y co-

rector de pruebas de Pérez, intentó introducir clandestinamente en España pocos años después. La hazaña resultó infortunada, pues enseguida de distribuir algunos ejemplares en Sevilla, fue descubierto por los agentes del Santo Oficio y llevado a la hoguera, al propio tiempo que Pérez, fugitivo, era quemado "en efígie".

Por último, debemos anotar las dos ediciones que preparó Cipriano de Valera: el *Nuevo Testamento* que salió en Londres en 1596 y la Biblia completa que publicó Lorenzo Jacobi en Amsterdam en 1602. Esta Biblia, despojada de las notas y modernizada en su estilo y ortografía, es el texto que, hasta hoy, han difundido profusamente las sociedades bíblicas por todo el mundo.

Igualmente numerosa es la colección de los *Salmos* del rey David, desde la edición veneciana de 1557 hasta la versificada de Tomás González Carvajal, humanista español que realizó una bellísima traducción poética directamente del latín al castellano en 1819. Precisamente, el ejemplar de López sirvió en 1944 para una reedición que publicó la editorial Pleamar, de Buenos Aires. La misma fue dirigida por el poeta Ricardo E. Molinari y está dedicada por éste a don José María.

En lo que atañe a libros sobre la Reforma, existen, aparte de la colección de Luis Usó y Río, en 20 tomos, hoy rara y costosa, los textos históricos más representativos en sus versiones originales. Entre ellos, la *Institución de la religión cristiana*, considerada como la obra maestra de Juan Calvino, cuya edición primigenia en latín apareció en Ginebra el año 1536 y traducida por primera vez al castellano en 1597.

De Cipriano de Valera tenemos, igualmente, sus *Dos tratados: del Papa y de la misa*, Londres, 1588, y la segunda edición, también de Londres, imprenta de Ricardo del Campo, 1599, obras que le merecieron el calificativo de "hereje español". De Alfonso de Valdés existe un ejemplar de su *Diálogo de Mercurio y Carón*, que se remonta al año 1529

y de su hermano Juan —la figura más noble y simpática de la España literaria de su tiempo, según Menéndez Pelayo— el diálogo intitolado *Alfabeto cristiano*.

De Constantino Ponce de la Fuente hay cuatro obras, entre las que se cuenta el rarísimo *Manual del inquisidor*, 1591, y la *Historia de los emperadores y papas*. Otra obra interesantísima es *Consideraciones sobre los Evangelios*, 1597, ejemplar firmado y enmendado por los corregidores de la Inquisición. Por último, un *Sermón* de Calvino, Ginebra 1562 y un volumen que contiene varios sermones de Lutero publicado en Nuremberg, 1531.

Las obras clásicas de índole histórica y literaria son, igualmente, de gran valor bibliofílico. Figuran, entre otras, la *Crónica de los reyes católicos*, por Hernando del Pulgar, Valencia, Benito Monfort, 1780. El *Arte poética española* por Juan Díaz Rengifo, Salamanca, 1592. El *Tratado de la verdadera y falsa profecía*, de Horozco y Covarrubias, Segovia, Juan de la Cuesta, 1588.

Finalmente, para cerrar esta brevísima nómina, citemos *De los nombres de Christo*, por Luis de León, Salamanca, 1603. *La ciudad de Dios*, en latín, de San Agustín, Amberes, 1676. *Coplas...* de Jorge Manrique, Madrid, Antonio Sancha, 1779. *Abecedario espiritual*, de Francisco de Osuna, Zaragoza 1546. *Proverbios* de Santillana, el marqués de, Madrid, 1799. *Guía de pecadores*, por fray Luis de Granada, Madrid, 1777. *Política de Dios y gobierno de Christo*, por Francisco de Quevedo, Madrid, 1729. El *Cancionero*, de Juan Alfonso de Baena. Además, varias ediciones raras de Aristóteles, Tácito, Tito Livio, Flavio Josefo, Eusebio de Cesárea, Lucano, Petrarca y otros.

4. *La senda luminosa de los libros*

Don José María López murió en olor de santidad el 1º de noviembre de 1969. Los libros le dieron justa fama y un im-

perecedero recuerdo entre sus amigos. Él los amó con un amor platónico, enteramente puro y desinteresado. Vio en ellos los más eficaces vehículos para la perfección humana. Jamás pensó que su rica biblioteca pudiese ser algún día fuente de recursos pecuniarios o un bien de renta para la especulación sórdida. La sola idea de su venta hubiérale parecido un acto abominable de profanación y de irreverencia hacia Dios. Por ello, fiel a su innato altruismo y a sus sentimientos caritativos, previsoramente, tres lustros antes de irse de la vida, la cedió, en un gesto nobilísimo, para que continuara siendo un foco de luz al servicio de sus hermanos en la fe de Cristo. El 3 de julio de 1953 concretó ese deseo último, haciendo entrega, a título gratuito, de alrededor de 900 volúmenes a la Facultad Evangélica de Teología, con sede en la calle Camacúá 282, en la Capital Federal. Con ese motivo se realizó un acto público en la referida casa de estudios, en el que usó de la palabra el rector de la misma, doctor Foster Stockwell.

El conjunto, incorporado a la biblioteca de la Facultad, forma una sección especial que lleva el nombre benemérito de José María López. Este constituyó el más digno homenaje de gratitud y reconocimiento a una vida abnegada que se dio, sin retaceos, a la causa de sus semejantes. La llama sigue prendida. Los libros son la tradición de su espíritu y este mismo espíritu se continúa, perenne, en los seres de su sangre. Una hija —María Esther— lo recogió solícitamente y le dio forma artística en la encuadernación y en diversas miniaturas y dibujos de letras iniciales que realizara en algunos de los más bellos ejemplares del padre. A su turno, uno de sus vástagos —Ricardo Alberto Luzuriaga— respondiendo a los imperativos de su vocación y de su oficio docente —es profesor de castellano, literatura y latín— se sintió, también, poseído por el mismo fervor bibliofílico y lo cultiva y lo sigue cultivando, asidua y poéticamente. Sobre la base de un selecto plantel de obras que le legara el abuelo,

se dedica, con el entusiasmo de sus años mozos, a la faena utópica de construir un nuevo mundo de libros, en cuyo ámbito tienen preferencia —en sus ediciones originales— los autores clásicos de las letras de España y de la Argentina.

Don José María López puede sentirse feliz de su paso por la tierra y de su obra de sembrador. El fuego sagrado de su noble ideal prosigue inextinguible y se proyecta en una cosecha opima de libros y más libros. Fue, y seguirá siendo un paradigma de conducta para los jóvenes de nuestro tiempo y un símbolo esclarecido de buen cristiano. Tuvo la pasión ardiente del entusiasmo y éste es, como se sabe, la inspiración divina que mueve a los hombres hacia la realización de los más altos destinos en la vida.

